–Escucha, Fractal: los vientos surgen por la rotación de la Tierra sobre su eje y por los movimientos de aire cálido y frío. El aire caliente es más ligero que el frío y por eso asciende formando una zona de bajas presiones en la superficie. En estos lugares el aire frío baja hasta el suelo y se extiende, creando una zona de altas presiones. Los vientos son desplazamientos de aire desde áreas de altas presiones a otras de bajas. En la centrifugadora hay dos cámaras, una de aire frío y la otra de aire caliente. Esto, combinado con el movimiento circular de la máquina, dio nacimiento a Tifoneto.

–¡Ah, entiendo! ¿Y qué diferencia hay entre un huracán y un tifón? –indagó Fractal.

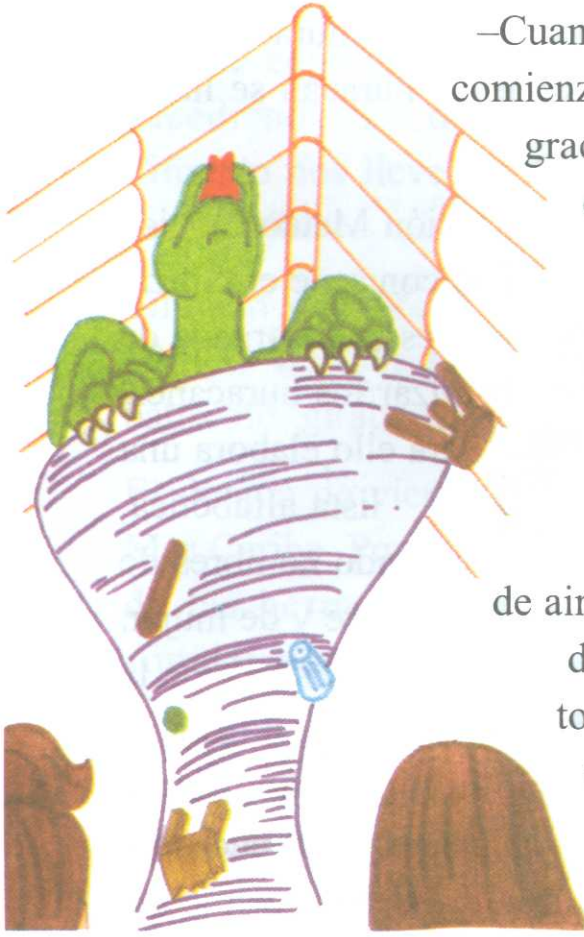
–Los huracanes son tormentas rotatorias que se generan en mares tropicales. Cuando surgen en el océano Atlántico reciben el nombre de huracanes pero en el Asia septentrional, por allá en la India, los llaman tifones, y en el océano Índico, ciclones. Solo son diferentes nombres para un mismo fenómeno natural. Todos se caracterizan porque alcanzan velocidades de más de 120 kilómetros por hora.

Mientras los sabios hablaban dentro del batiscafo de vidrio, Tifoneto danzó por el amplio salón y aumentó su tamaño hasta llegar al techo. Tenía una altura aproximada de diez metros y un diámetro de cinco.

Ahora rugía como un dragón de viento y amenazaba con tumbar la casa.

–¡Observa, Rodio! Tifoneto crece como el árbol de las habichuelas mágicas. ¿Crecen así los huracanes en el mar? –pregunta Fractal, alarmada por el voluminoso tamaño que había adquirido Tifoneto.

Rodio también se asombró de la estatura de Tifoneto y le contestó a la doctora:



–Cuando un huracán toma forma comienza a moverse. Se mantiene gracias a las corrientes de aire cálido y húmedo. Los vientos más fuertes y las lluvias más copiosas se producen en su cima, así se vuelve adulto. Una vez que está desarrollado bombea unos dos millones de toneladas de aire por segundo. En un solo día produce más lluvia que toda la que cae en un año en una ciudad como Londres.

El batiscafo se desprendió de las cuerdas que lo tenían

asegurado a la pared y rodó por la sala tumbando mesas, sillas y máquinas.

–No te preocupes, Rodio. Este batiscafo lo construí a prueba de todo. No le entran ni las balas. Es más resistente que una caja fuerte –aseguró ella.

Tifoneto ya había alcanzado el techo de la sala y presionaba fuertemente buscando salir al exterior.

–Rodio, tengo una inquietud y quiero que me la aclares. ¿Cómo les ponen los nombres a los huracanes? A veces leo en los periódicos que un huracán se llama Elsa, otras veces, Gilberto...

–La Organización Meteorológica Mundial, con sede en Suiza, es la encargada de bautizar los huracanes. Para ello elabora una lista alfabética, alternando nombres de hombre y de mujer. Cuando se forma la primera tormenta tropical de la temporada, se le asigna el primer nombre de la lista, y así sucesivamente.

Un ruido estrepitoso se escuchó en lo alto del salón. Tifoneto arrancó de cuajo las tejas de la casa, las cuales volaron por los aires como cometas sin cola. El dragón de viento sacó la cabeza por encima de los hierros y el batiscafo ascendió rápido por las espirales de viento.

–Rodio: esta situación me recuerda a Dorothy y a la granja de la tía Emma cuando el tornado se lleva a la niña al Mundo de Oz –comparó Fractal.

–No te equivocas, Fractal. Algo parecido nos está sucediendo. La diferencia es que no sabemos si Tifoneto nos lleve al Mundo de Oz o a otra ciudad escondida.

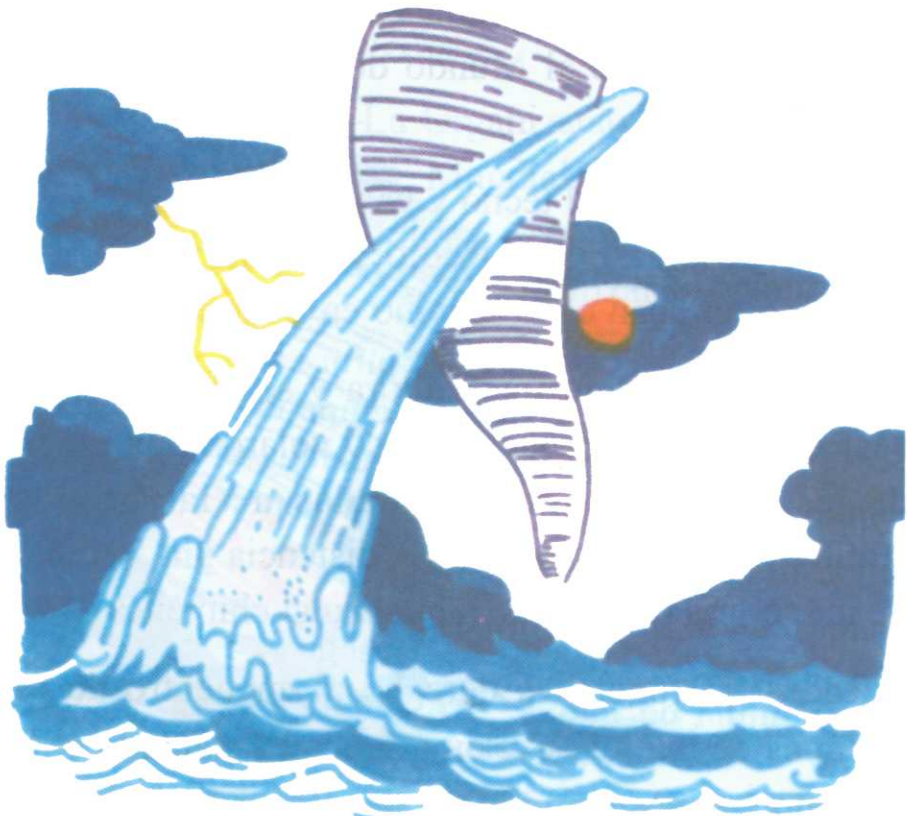
Tifoneto salió por el techo y ya tenía el tamaño de un edificio de diez pisos. Rodio y Fractal, dentro del batiscafo, giraban como corcho en remolino.

El dragón de viento tomó altura y se elevó sobre el Mar Caribe. Por un buen tiempo volaron por encima de las hermosas aguas azuladas de las grandes Antillas hasta que vieron en la distancia una columna de humo gris oscura que parecía una chimenea.

–¡Rodio! ¡Tifoneto va derecho al encuentro de esa columna de humo! –exclamó Fractal señalando el fenómeno a través del vidrio.

–No es una columna de humo, Fractal. Es una tromba marina. Una chimenea de aire que baja de las nubes al mar. Ella, al igual que los tornados que absorben tierra y desechos, chupa cantidades de agua –aclaró Rodio.

–¡Rodio! ¡Tifoneto se acerca cada vez más a ella! Parece que lo hiciera intencionalmente –supuso Fractal.



–Es porque piensa que ella es su mamá –contestó Rodio riendo.

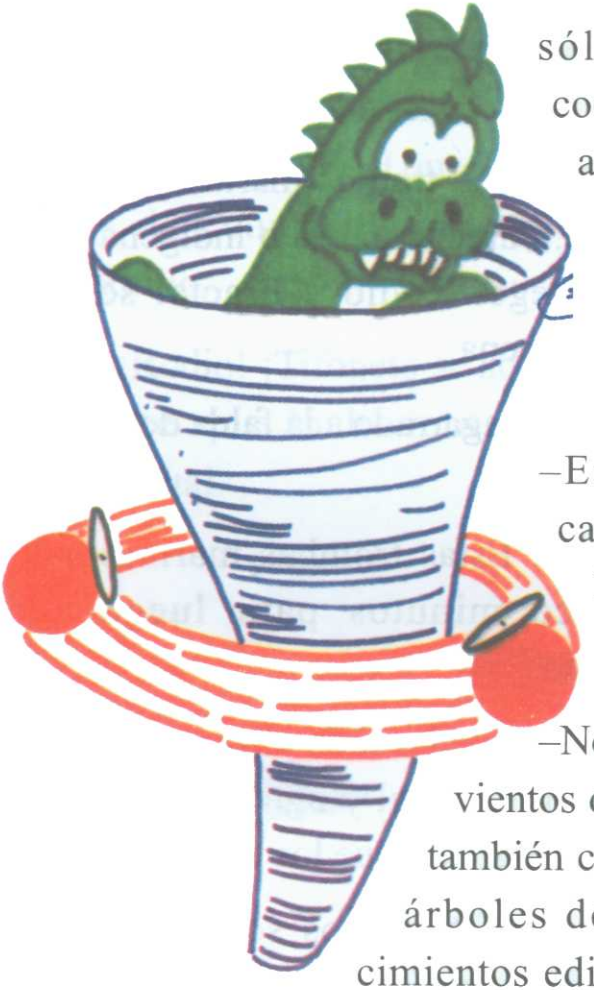
Tifoneto llegó al perímetro de la tromba marina y se puso a girar a su alrededor. Parecía un brujo indígena brincando en torno al fuego. Rodio y Fractal se divertían presenciando la escena.

–Este Tifoneto parece un niño agarrado a la falda de la mamá –comparó Fractal.

–No te preocupes, Fractal. Estas trombas marinas apenas si duran quince minutos para luego desaparecer –precisó Rodio.

–Yo pensé que nos íbamos a quedar todo el día aquí, bailando con la tromba –dijo Fractal y agregó: –Las trombas marinas son más peligrosas que los tornados?

–Claro que no, Fractal. Los tornados son como huracanes en miniatura, pero mucho más potentes porque su terrible energía se concentra en una columna de aire de un kilómetro de diámetro. Además, a diferencia de las trombas marinas, los tornados surgen sobre tierra. Los vientos de los tornados son los más fuertes que existen sobre nuestro planeta y siempre van acompañados de un ensordecedor rugido que rompe los tímpanos. Tan potentes son los vientos de un tornado que pueden destrozar hasta los edificios más



sólidos. Además, alzan coches, remolques y hasta aviones como si fueran juguetes para luego dejarlos caer totalmente destrozados –explicó Rodio.

–Entonces los tornados causan más daño que los huracanes –concluyó Fractal.

–No, amiga. Los fortísimos vientos de los huracanes voltean también coches pesados, arrancan árboles de raíz y sacan de sus cimientos edificios enteros. Algunas veces, los peores desastres ocurren cerca del litoral en donde el mar embravecido se suma a la destrucción. Para que tengas una idea de lo que hacen los huracanes, te diré que en 1988 el huracán Gilbert barrió el Golfo de México causando muerte y desolación a su paso. En 1989, el huracán Hugo se precipitó sobre Puerto Rico, derribó edificios y se llevó las casas; hubo muchos muertos y cincuenta mil